



Yo les digo

Mateo 5, 17-37

Oso Ozoli: Hola. ¿Conoces una enfermedad que avanza, poco a poco, hasta que acaba con la persona?

¿Sabes cómo se llama? Pecado.

Es tan grave, porque uno se aleja de Dios.

Y lo peor es que, si la dejas entrar en el corazón, ya sin pensarlo, pecas.

¿Quién crees que es el único que nos puede salvar? ¡Jesús!

Por eso nos dice: «No piensen que he venido a abrogar la Ley o los Profetas. No he venido a abrogarlos, sino a darles cumplimiento. Porque en verdad les digo, que hasta que pase el cielo y la tierra, no pasará de la Ley ni un punto, ni una tilde, sin que todo sea cumplido».

Jesús nos dice que antes de que sea destruido este mundo, tendrán perfecto cumplimiento las menores cosas, que pertenecen a la moral, o a las predicciones que hablan sobre Jesucristo y su Iglesia, ya sea en la Ley o en los Profetas.

Sigue Jesús: «Por lo cual, quien quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y lo enseñe así a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos, pero quien haga y enseñe, este será llamado grande en el reino de los cielos».

Jesús nos muestra lo grave de las cosas. Porque el que cumpla toda la Ley, pero no la cumpla en algo, se hace culpable, como si la hubiera violado toda.

Y el que con su mal ejemplo o mala doctrina, enseñe a los demás a no cumplirla, no entrará en el reino de los Cielos.

El que observe y predique la verdad del Evangelio, va a tener una recompensa diferente si solo busca su propia salvación, que si cuida también de la de los otros. Y por eso, después de corregir nuestros vicios y defectos, hay que extender nuestro amor y vigilancia a los demás.

Dice Jesús: «Porque les digo, que si su justicia no es mayor que la de los escribas y de los fariseos, no entrarán en el reino de los cielos».

La justicia y la santidad de los fariseos, se basa en no cometer ningún delito, que los haga quedar mal con los demás. Pero la justicia, de los que quieren entrar en el reino de los Cielos, empieza desde refrenar la ira, que está en el corazón, porque si se deja avanzar, puede acabar en ganas de matar a alguien.

Dice Jesús: «Oyeron que fue dicho a los antiguos: No matarás, y quien mate, obligado quedará a juicio. Pero Yo les digo, que todo aquel que se enoja con su hermano, obligado será a juicio. Y quien diga a su hermano raca, obligado será a concilio. Y quien diga insensato, quedará obligado a la Gehena del fuego».

Raca es lo mismo que despreciable. Insensato, es algo más grave.

La Gehena del fuego, era un lugar cerca de Jerusalén, al pie del monte Moria. Ahí se hacían sacrificios quemando a la víctima.

Y nos habla de los dos tipos de tribunales de los judíos, el Juicio y el Concilio.

Entonces, Jesús nos dice que lo primero es sentir enojo, sin que se note afuera. Luego, decirle alguna palabra de desprecio al otro, que manifiesta nuestro enojo. El tercer paso es cuando nos dejamos llevar por la ira, y decimos groserías contra los demás. A estos tres grados diferentes de pecados, corresponden tres tipos de castigos. El primero, en el Juicio, en donde todavía el acusado se puede defender. El segundo en el Concilio, en el que se define solo el tipo de castigo para el acusado. En el tercero, el culpable es condenado al fuego del Infierno. Por eso es muy importante no dejar que el enojo se convierta en ira.

Sigue Jesús: «Por tanto, si vas a ofrecer tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas que tu hermano tiene alguna cosa contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano. Y entonces ven a ofrecer tu ofrenda».

Si no puedo estar enojado con alguien, mucho menos puedo despreciarlo o lastimarlo, o tener algún resentimiento contra él. Porque el enojo, se puede convertir en odio.

Sigue Jesús: «Acomódate luego con tu contrario, mientras que estás con él en el camino. No sea que tu contrario te entregue al juez. Y el juez te entregue al ministro. Y seas echado en la cárcel. En verdad te digo, que no saldrás de allí, hasta que pagues el último centavo».

Si alguien te ofendió, o tú lastimaste a alguien, arregla las cosas mientras estás vivo. Porque solo vivo puedes pedir perdón o perdonar. Aquí también está la doctrina católica sobre el Purgatorio. Pues no podemos entrar impuros al Cielo. Por eso, vamos a ser purificados en el Purgatorio, hasta que paguemos todo. Hasta el último centavo.

Hay varios tipos de pecado: pueden ser con el pensamiento, con las palabras, con las obras, o cuando no hago el bien que puedo hacer.

Jesús nos dice: «Oyeron que se dijo a los antiguos: No adulterarás. Pues Yo les digo, que todo aquel, que ponga los ojos en una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio en su corazón con ella».

Es que no se necesita estar con alguien más para cometer un pecado. Solo con la imaginación ya lo estás consintiendo.

O si vas al cine o entras a Internet, puedes ver pornografía. Si dejas que eso entre a tu mente, será como una etiqueta que luego no te vas a poder quitar. Y aunque estés en otra cosa, vas a volver a ver esa imagen. O vas a pensar que lo que viste en la pantalla es verdad, pues se te olvida que los actores, solo actúan. Y les pagan por hacer eso. Ellos no se aman. No buscan el bien del otro. No quieren hacer feliz al otro. No les interesa la persona con la que están. Solo hacen lo que el director les dice. Ellos hacen cosas para llamar la atención. Para mantener tu nivel de emoción en un grado alto. Para que sigas viendo y quieras ver más. Y así todos los días, veas cosas cada vez más fuertes y falsas. Hasta que ya no puedas dejar de verlas y te vuelvas un adicto.



Jesús quiere que aprendas a amar. Pero si solo usas a las personas, no podrás amar.

Sigue Jesús: «Y si tu ojo derecho te sirve de escándalo sácalo, y échalo de ti, porque te conviene perder uno de tus miembros, antes que todo tu cuerpo sea arrojado al fuego del infierno. Y si tu mano derecha te sirve de escándalo, córtala y échala de ti, porque te conviene perder uno de tus miembros, antes que todo tu cuerpo vaya al fuego del infierno».

Si tu ojo te sirve de escándalo, eso es, te es ocasión de pecar o de caer. Por ojo derecho y por mano derecha, se entiende todo lo que más amamos y más usamos o necesitamos, sea lo que sea. Si esto es causa, o puede serlo, de que perdamos nuestra alma, lo hemos de apartar de nosotros, sin dudarlo.

Si lo que veo en la tele, en Internet o en el cine, me hace daño, debo dejar de verlo. Aquí debo pensar bien en todo lo que me hace pecar o caer.

Jesús dice: «También se dijo: Cualquiera que repudie a su mujer, dele carta de repudio. Pero Yo les digo, que el que repudie a su mujer, a no ser por causa de fornicación la hace ser adúltera. Y el que tome a la repudiada, comete adulterio».

¿Has oído que las personas que se divorcian dicen que quieren rehacer su vida con otra pareja?

Jesús nos advierte que esa no es la solución. Para empezar porque su vida no está deshecha. Lo que tienen que hacer es perdonar y dejar que Jesús los sane. Y no pecar más cometiendo adulterio.

Jesús dice: «Además, oyeron que se dijo a los antiguos: No perjurarás, sino cumplirás al Señor tus juramentos. Pero Yo les digo, que de ningún modo juren, ni por el cielo, porque es el trono de Dios. Ni por la tierra, porque es la peana de sus pies. Ni por Jerusalén, porque es la Ciudad del grande Rey. Ni jures por tu cabeza, porque no puedes hacer un cabello blanco o negro. Que su hablar sea, sí, sí. No, no, porque lo que excede de esto, de mal procede».

El jurar tiene un mal principio. O se desconfía de uno y por eso se le pide que jure, o por la mala fe del otro. Y si además se jura en nombre de Dios, esto procede del maligno, que intenta hacernos perjuros. Así ultrajamos el nombre de Dios, que debe ser respetado por todas sus criaturas.

Di siempre la verdad y así no tendrás que jurar. No existen las mentiras piadosas, ni las blancas. Si vas a decir una mentira piadosa, mejor no digas nada. Guarda silencio para no ofender al otro. Y pídele a Jesús que te ayude a no mentir. Verás que dentro de poco ya no dirás ni una mentira.

Héroes entre nosotros



Hola. Me llamo Escolástica. Soy la hermana melliza de San Benito. Nacemos el mismo día, en el año 480. En Nursia, Italia.

Desde niña me dedico a Dios.

Cuando mi hermano funda Montecassino, yo abro cerca, un convento femenino con la misma regla, llamado Piumarola. Ahí soy abadesa.

Piumarola, está a los pies del monte, donde mi hermano establece su monasterio. Así que él está en la cumbre y yo en las faltas de la montaña.

Aunque estamos tan cerca, solo nos vemos una vez al año.

Y como no está permitido que entre al monasterio, él sale. Nos vamos a una casa de confianza, donde juntos nos ponemos a orar, a cantar himnos de alabanza a Dios y a discutir asuntos espirituales. Sí, nos juntamos a hacer lo que más nos gusta.

El primer jueves de Cuaresma de 547, pasamos el día entero cantando las alabanzas a Dios y platicando de cosas santas. Se nos va el tiempo tan rápido, que se nos hace de noche. Así es que cenamos juntos. Yo siento que va a ser la última vez que nos veamos, por eso le digo a mi hermano: "Te ruego que no me dejes esta noche y que sigamos hablando de las delicias del cielo hasta mañana". Pero él me responde: "¿Qué es lo que dices, hermana? No me está permitido permanecer fuera del convento".

Mi hermano es el primero que tiene que cumplir con las reglas, que él mismo puso.

Yo junto las manos, y me pongo en oración.

Pocos instantes después, parece que se abren las cataratas del cielo. El aguacero y los truenos, obligan a mi hermano a quedarse. Él me echa la culpa a mí. Pero yo le digo: "Pues bien, yo te lo pedí y no me quisiste escuchar. Pedí al Señor y Él sí me escuchó. Vete si puedes, y regresa al monasterio".

En este lugar se construye después la "iglesia del coloquio", en recuerdo de este día.

En la mañana, mi hermano regresa al monasterio. A los tres días, San Benito, mi hermano, durante su oración, ve que mi alma vuela al cielo en forma de paloma. Y a los 40 días él me sigue para vivir eternamente la alegría del cielo.

Así es que, no solo somos mellizos, sino gemelos de espíritu. Nacemos el mismo día, y morimos el mismo año. Con 40 días de diferencia. Teniendo en el corazón un gran amor a Dios. Y con la ayuda de Jesús, que nos dio un deseo muy grande de llegar al Cielo, y de no pecar.

Tú también hazle caso a Jesús. Él es el único que nos salva de pecar. Y nos permite vivir felices en el Cielo.

Haz todo por mantener tu alma más pura y más bella cada día. Sé fiel a Dios. Que la historia de tu vida, esté escrita por la bondad de Dios..



Erika M. Padilla Rubio